

Con su tradicional esplendor y engaliamiento Toledo celebró su fiesta grande

Un año más, el Jueves del Corpus, Toledo ha vestido sus mejores galas para celebrar su magna fiesta. Desde una semana atrás comienzan los concursos y los actos, a la vez que piquetes de trabajadores se afanan por suspendir los toldos en las calles del recorrido. Por todas partes se ven las guirnaldas, los fanales de cristal, las cestas de flores, los mil y un adornos que dan colorido a unas calles que llevan la belleza implícita en sus piedras y en la memoria de siglos. Cada año se intenta que la decoración supere a la del anterior, cada año se renueva la ilusión de una fiesta que durante siglos ha brillado con luz propia.

Y, como joya central la custodia, que perteneció a Isabel la Católica, y que se fundió con los primeros dieciséis kilos de oro procedentes de América. El alemán Enrique de Arfe levantó la filigrana de plata y piedras preciosas, capillas, ángeles, palomas, cúpulas que constituye uno de los orgullos de Toledo y sin el cual el Corpus Toledano perdería uno de sus principales ingredientes.

La procesión del Corpus es un desfile de toledanía e historia, desde las hermandades locales a las viejas órdenes militares, pasando por el cabildo y el pueblo llano, todo es un desfile de color y riqueza entre el aroma del tomillo y los efluvios de incienso.

El jueves 26 de mayo comenzaba el programa de festejos organizado por el Asunamiento con las pruebas del VII Concurso Hípico Nacional. Era el punto de partida de un calendario en que el deporte ha tenido, junto a las actuaciones de grupos y cantantes, un puesto de honor.

El día 28 se celebró el pregón en la iglesia de San Pedro Mártir, a cargo de D. José Luis Pérez de Ayala y López de Ayala. El sábado los coches antiguos desfilaron por Toledo con la vertiginosa velocidad (según los sufridos peatones de su época) que los permitían sus potentes motores. Después el festival infantil, el concierto de violín y piano, el festival de música juvenil.

Entre música, zarzuela, exposiciones y demás, se llegó al miércoles. Es la víspera del Corpus y el ambiente festivo llega a sus cotas más altas. Por la mañana la ofrenda de flores; después, desde Los Navalmorales, un grupo de chicos y chicas del escuela pública «San Francisco» han traído de sus campos de flores, tomillo y mejorana, para confeccionar una brillante alfombra en la puerta de la catedral, con la sinceridad, la alegría y el cariño de las cosas sencillas.

La cabalgata pregón de las fiestas es ya la fiesta misma. Los gigantes, danzantes callejeros a ras de los balcones, son seguidos por la banda de cornetas y tambores JUPY de Yuncos y la Juvenil de Villaluenga, que enfundados en sus trajes de «batalla» llevan el compás ligero de sus pocos años (entre 7 y 14). Es una cabalgata eminentemente infantil, y quizá por ello llama más la atención.

De Casasbuenas nos llega otro grupo, perteneciente a las hermandades del Cristo del Amparo y de la Virgen del Rosario que interpretan el baile de la bandera, con una antigüedad de siglos.

Les sigue la banda de música, seria y sonando bien, demasiado bien si se tiene en cuenta que hace poco más de un año ninguno de ellos sabía como sacar sonidos a su instrumento y que la edad media de los chavales ronda los 13 años.

Se trata de la banda de Corral de Almaguer.

Por último va la Tarasca, ese dragón con muñeca danzante que «arrambla» contra cualquiera que se le acerque provocando la huida de los demás. Este es el segundo año que sale tras una temporada de ausencia, y desde luego, uno de los personajes más estimados.

La noche se inaugura la carrera procesional por parte de las autoridades que van precedidas del pertiguero. Esta vez, como debe ser, iba de gala. Después la verbena y hacia las cinco de la madrugada, cuando el ambiente decreía y las calles se vaciaban, los adquirentes se sembraban de tomillo y las primeras luces sorprendían a los trasnochadores cogiendo alguna que otra rama para aromar las casas, como una interiorización más de la fiesta.

Amanece el Corpus entre cohetes, bombas reales y dianas floreadas. Los toledanos se lanzan a la calle; los que vienen de fuera recorren la carrera embobados admirando las galas de los balcones, los faroles y guirnaldas. Se apresuran por encontrar un buen sitio y aguantan estoicamente un sol castellano que cae de plano, como un invitado que de ninguna manera quiere perderse el festejo.

En la Puerta Llana las fuerzas rinden honores y el cortejo, extenso y variopinto está en marcha. A alguien que vea el Corpus por primera vez le llama la atención su composición pues, normalmente, espera ver la custodia, las autoridades eclesiásticas y civiles y muy poco más. Entonces se encuentran con el piquete de la Guardia Civil y la Manga catedralicia (joya admirable del s. XVI en plata repujada y dorada), los estandartes de las hermandades y tras ellos, los representantes de los Caballeros mozarabes con sus túnicas azules y la cruz de Alfonso VI; los Caballeros del Santo Sepulcro, con hábito blanco y cruz roja; los Infanzones de Illescas, con manto rojo y cruz blanca y, por fin, los Caballeros hispanoamericanos del Corpus Christi de verde con gola blanca.

La cruz del cardenal Mendoza, la que se elevó en la torre de la Vela tras la toma de Granada, marca la llegada del clero de la catedral luciendo las mejores casullas, entre las que destaca el superhumeral de tisú de oro con aljófar, perlas y piedras preciosas que lleva el cardenal primado.

Desde que en 1263 por bula de Urbano IV se instituyó la fiesta del Corpus, ha ido creciendo en sentido y vistosidad. Desde que el 25 de mayo de 1595 salió en procesión, la custodia toledana se ha convertido, en cierto modo, en símbolo de la ciudad; un símbolo que se compone de 5.600 piezas, 12.000 tornillos y 260 estatuillas estatuillas desmontables, cuya recomposición quedó perfectamente explicada en un libro por Enrique de Arfe.

Tras la custodia y el clero desfilan las autoridades militares y ci-

Decorando los muros de la catedral, los tapices con pasajes de la vida de Carlomagno que, procedentes de la Real Fábrica de Tapices, regaló Carlos III al cardenal Lorenzana.

Enrique de Arfe comenzó su trabajo en 1517 y lo terminó en 1524, cincelando personalmente cada pieza de la custodia, excepto la cruz que la remata que se debe a Laínez.

La única vez que la custodia ha abandonado Toledo fue con motivo de la celebración del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona.



Vista de callejón toledano adornado con sencillez y armonía con plantas y una alfombra floral, uno de tantos que en estos días son un pedazo de arte vivo compartido por todos.

viles. El nuevo alcalde de Toledo, haciendo el collar de Caballero mozarabe, marchaba escoltado, por el jefe de la oposición y los Tenientes de Alcalde. Tras ellos la autoridades provinciales. La representación no oficial del Gobierno se quedó admirando el cortejo en los balcones del Gobierno Civil.

Entre los componentes de la procesión La Banda Municipal de Toledo y la de la Academia, una al principio y otra al final, cerrando la marcha, el piquete de cadetes de la Academia toledana que, como la avanzadilla a caballo de la Guardia Civil, fue sumamente aplaudido. Cada pocos metros, a ambos lados de la carrera procesional, un joven cadete con la balloneta calada rendía armas desde hora muy temprana y tras la procesión, en el pequeño desfile de las fuerzas y música Toledo jaleó y aplaudió a los cadetes, con el cariño habitual, compensándoles un poco de las horas de guardia que habían cumplido.

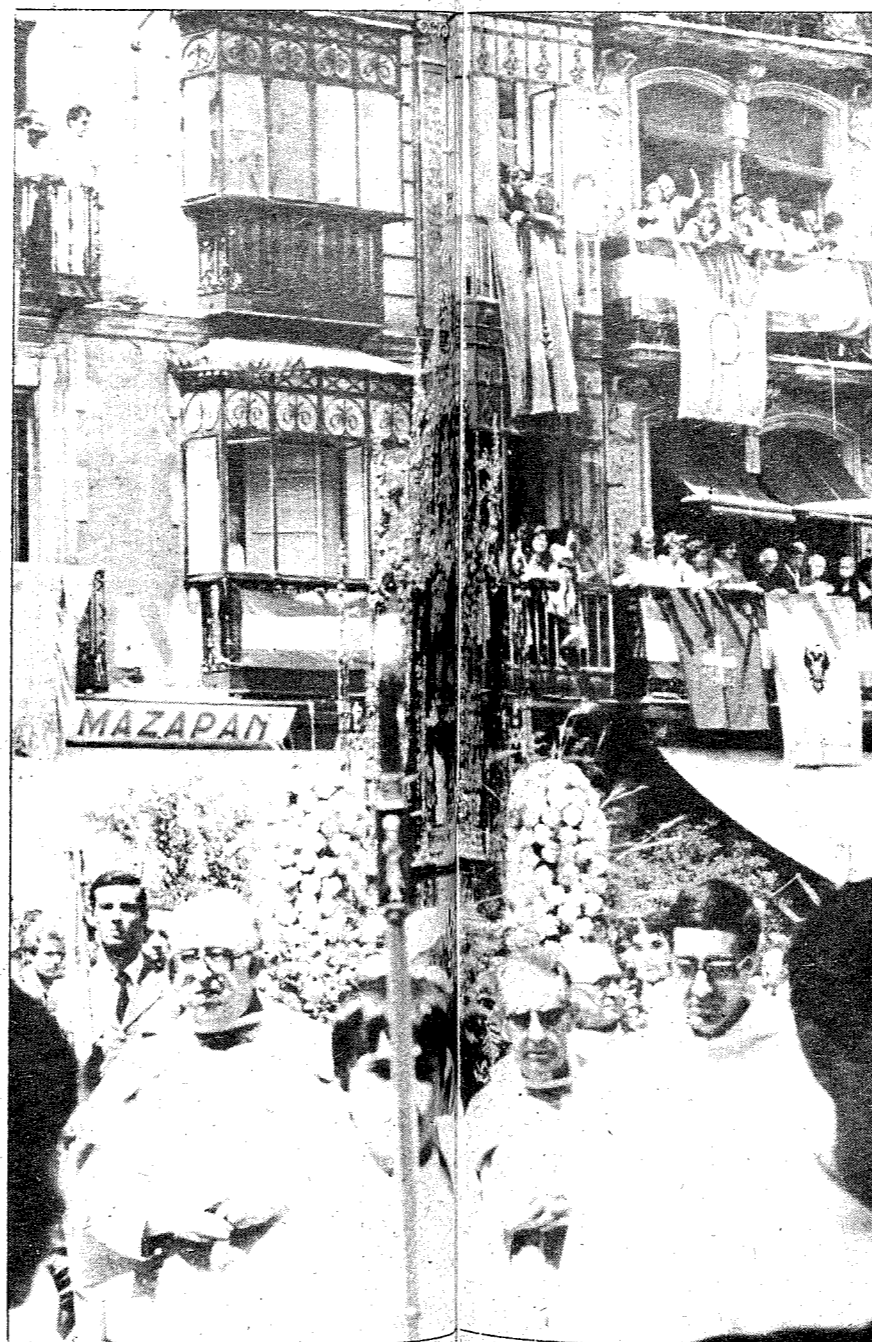
Antiguamente se celebraban autos sacramentales, costumbre que se perdió. Lo que sí continúa es la tradición de las corridas de toros que allá por 1596, fecha de la que ya se tiene noticias exactas, se celebraban en Zocodover. Ahora, en lugar de los autos, aunque con distinto sentido, podemos citar los festivales folklóricos, como una recuperación de las costumbres de los pueblos, de su cultura y sus tradiciones. Este año representantes de El Romeral, Villanueva de Alcardete, Puebla de Montalbán, Madridrejos, Conzuegra, Mora, Santa Cruz de la Zarza y Cuerva mostraron lo mejor de su arte en la plaza del Ayuntamiento, donde las jotas, seguidillas, rondeñas, fandangos y boleros pusieron el fin de las fiestas de un día repleto de acontecimientos.



Gigantes y cabezudos, colgaduras, faroles, cadetes que hacen guardia serios, impassibles ante el desfile continuo de gente venida de cualquier lugar del mundo; el calor del sol ardiente y el calor de una multitud que se arracima en las aceras y esquinas de las estrechas callejuelas por participar y ver el «Corpus».



Pequeños infantes, pajes de tiempos pasados, birretes de penacho, brocados y rubias melenas adornan a estos pequeños mensajeros, servidores de lo grande que llevan en sus canastillos la ofrenda sencilla de unas flores y en su persona el regalo de la ingenuidad y la pureza.



La maravillosa custodia procesional de Enrique de Arfe, orgullo del tesoro toledano en torno a la cual y a la que representa se celebró el Corpus, es un alarde de metales preciosos y predería y muestra de más puro arte gótico.



Una alegre representación de los pueblos. Jóvenes componentes de la banda de música de Corral de Almaguer que amenizaron la Cabalgata Pregón de las fiestas.